



La Minifalda Habla

En primer lugar quiero decirles claramente: “Yo soy la minifalda cristiana”. Es decir, yo asisto a mi iglesia todos los domingos. Y lo que es más, yo asisto a una iglesia evangélica. Por supuesto yo no soy la única minifalda y hay muchas que asisten a mi iglesia juntamente conmigo.

A pesar de que somos de muchos colores y estilos diferentes, todas somos iguales, en que exhibimos los muslos atractivos de nuestras dueñas cuando ellas se sientan y cruzan sus piernas. Me cuentan que ésta es la forma más cómoda para sentarse, pero me parece que las mujeres que me usan no son tan cómodas porque siempre se están moviendo de lado en lado, jalándome de la rueda. Sé que no soy psicóloga especializada en asuntos de la naturaleza humana, pero me parece que la intranquilidad de las señoritas y mujeres que nos usan, indica que sufren de algún complejo.

Me he fijado que nosotras, las minifaldas, somos dotadas de la capacidad de atraer mucha atención masculina, aun en la misma iglesia. En el principio yo me sentía muy orgullosa al creer que a los hombres les fascinaban nuestro colores y diferentes estilos. Pero precisamente hoy, escuché al predicador decir que eso no es realmente lo que llama la atención de los jóvenes y de los hombres no tan jovencitos. Puse mucha atención cuando él principió su predicación sobre el tema: *El Atractivo de al Minifalda*, pero sentí gran vergüenza antes de que terminara su mensaje.

Él nos dijo que el atractivo de la minifalda no era su estética. Según él, hay montón de estilos de vestidos mucho más elegantes que nosotras. Cuando nos dijo que la minifalda no favorece a la que la viste, sea estética, académica, moral o espiritualmente, me hizo sentir que a fin de cuentas yo no soy tan cristiana como para que lo digan.

Nos dijo que nuestro único atractivo era el atractivo carnal. Entonces durante diez minutos nos habló de carnalidad de la naturaleza humana. Públicamente me acusó de fomentar el deseo inmoderado de los goces sensuales de la carne. En eso sentí que me dieron un fuerte jalón de la rueda.

Hubo un silencio profundo cuando él citó a Kerry Elliott: “Hacer alarde de la sexualidad es traicionar la femineidad y no aprobarla. Es como tocar un sousofón en la plena calle para probar que uno es músico. No es correcto hacer que un hombre huela un sabroso biftec o un pastel de manzana y entonces acusarle de ser un glotón porque él relame sus labios”. Creo que todos entendieron lo que él quiso decir.

Yo me ruboricé de vergüenza cuando él nos preguntó que hacemos durante la semana cuando nos encontramos metidos entre los del mundo. Nos preguntó el valor de nuestro testimonio delante de los hombres perversos que no tienen nada de respeto ni aprecio para la pureza femineina. Nos dijo que no se necesita de gran cosa para provocar en el hombre pensamientos acerca de al vida sexual. Por esta razón Jesús dijo: “Yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”.

El predicador declaró que no hay nada en la minifalda que hace que un hombre imagine que el cuerpo de la mujer que la viste, fuere templo del Espíritu Santo. Nos dijo que el cuerpo en que el Espíritu Santo mora, debe ataviarse de ropa decorosa. (I Timoteo 2:9-11). Además nos contó que nosotras somos un factor positivo en el aumento de la violación de la mujer americana.

Comencé a sentir que nosotras de veras somos cómplices de la ola de violencia y crímenes que está azotando a la sociedad.

Nos dolió todo eso que él dijo, pero es la verdad que duele. Por esta razón yo me apresuré salir de la iglesia esta mañana. Y yo vi varias otras minifaldas embullarse del culto también. Supongo que lo que debemos hacer es convertirnos en algo más honesto.

“Que las mujeres se atavien de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad.”. I Timoteo 2:9-10